

para él sino en cuanto permite, no en cuanto retiene; y se la ve sucesivamente ó exaltarla ó escarnecerla, segun el uno ó el otro de estos dos caractéres; y para él no es mas en cierto modo que la puerta del desarreglo y del libertinaje.

Nada exagero; y aun paso por alto este fondo de infamias en que la obscenidad compite con el sacrilegio ó con la blasfemia. Los que hayan entreabierto las obras de Lutero pueden apreciar mi reserva (1).

¡Imagínese ahora lo que debian llegar á ser los paises protestantes bajo la influencia de semejante Reforma, que desencadenaba la lujuria de los conventos sobre la sociedad, la avidez de la sociedad sobre los conventos, y la rebelion é insurreccion general del espíritu y de los sentidos contra toda autoridad, toda regla y toda disciplina (2)! ¿Qué habia de ser de la civilizacion, que con

[1] Lutero compuso sobre su propio matrimonio un epitalamio que da bien á conocer sus disposiciones:

O Dios, en tu bondad
Danos vestidos y sombreros,
Así como mantos y sayas,
Beceros gordos y machos cabríos,
Bueyes, carneros y vacas,
Muchas mujeres y pocos hijos.—Amen.
[*Conversacionex de mesa.*]

Esprésase así mismo con el mas profundo menosprecio sobre sus relaciones matrimoniales, y habla de su mujer en unos términos, y le escribe unas cartas que el mas desenfrenado libertino no se atreveria á escribir iguales á la compañera de sus vergonzosos placeres, ni aun usarlas hablando de ella.

(2) Los versos siguientes pueden darnos nna idea de esta reforma:

I Cuculla! vale Cappa!
Vale Prior, Custos, Papa,
Cum obedientia!
Ite Vota, Preces, Horae!
Vale Timor cum Pudore!
Vale Conscientia!

tantos esfuerzos habia la Iglesia sacado de la barbarie germánica, si esta misma Iglesia no hubiese opuesto su reforma á la de Lutero, y por prodigios de santidad combatido prodigios de licencia?

Segun el testimonio de los mas celosos historiadores protestantes, Strype, Cambden, Dugdale, y segun la declaracion del mismo Enrique VIII á su Parlamento, las consecuencias inmediatas de la Reforma fueron desde luego la corrupcion general de las costumbres y el entero abandono de toda justicia. “La caridad debilitada; ninguna conformidad en la manera de vivir con la ley de Dios; la avaricia, la opresion, el asesinato; los magistrados haciendo tráfico con la justicia; el clero, desde los obispos hasta los curas, corrompidos; el adulterio y el libertinaje; por manera que la Inglaterra parecia entregada á toda la rabia y á toda la locura del espíritu de revuelta, de tumulto y de partido, etc;” tal es el cuadro de la Reforma naciente, trazado por uno de sus historiadores.—Witgist, obispo de Cantorbery se lamentaba de que su Iglesia estaba llena de ateos. [*In sua defens.*].—Edwino Sandis, hablando de las divisiones de los reformados, suspiraba de que “sus debates contribuian mucho á aumentar el Ateismo entre los protestantes y el Mahometismo en lo exterior.” [*In relat.*, 7, nº. 45, an. 1605).—“Tan distantes estamos, decia King, obispo de Lóndres, de ser unos verdaderos israelitas, que mas bien estamos convencidos de ser unos perfectos ateos.” (King, *super Zonam* sect. 32, pág. 442).—Zanchio se quejaba igualmente de que “los ministros de Satanás habian llevado del infierno el Ateismo á algunas iglesias reformadas de Alemania.” [*Epist. ante confession.* August., pág. 7), etc.

En fin, Lutero y Calvino mismos retrocedieron delante de su Reforma, y la maldijeron en su cuna. En Wittemberg, su ciudad querida, la Jerusalem del *puro*

Evangelio, Lutero hizo resonar un día estas palabras:—“Desde que hemos predicado nuestra doctrina, el mundo se hace de día en día mas malo, mas impío, mas descarado. Los diablos se precipitan en legiones sobre los hombres, los cuales, á la pura luz del Evangelio, son mas ambiciosos, mas impúdicos, mas detestables de lo que eran en otro tiempo bajo el Papado. Paisanos, rústicos y nobles, gentes de todos estados, desde el mas grande al mas pequeño, no hay donde quiera sino avaricia, intemperancia, crápula, impureza, desórdenes vergonzosos, pasiones abominables.” (*Sermon 1553*) *Salgamos de esta Sodoma*, escribia una ocasion á su mujer.

Las mismas palabras, espresiones idénticas se escapan de la boca y de la pluma de Calvino.—“Entre *cien* evangélicos, escribia, apenas se hallará *uno solo* que se haya hecho evangélico por otro motivo que para poder abandonarse con mas libertad á toda especie de deleites y de incontinencias.” *Comment. in II Epist. Petri*, 110, 2, pág. 60).

Por dicha de la civilizacion, mientras la Reforma soltaba tan escandalosamente la rienda á la inmoralidad, la Iglesia estrechaba el freno con una energía sobrenatural. “Los Pontifices romanos presentaban en sus personas, dice un historiador protestante, toda la austeridad de los primeros anacoretas de la Siria. Paulo IV desplegaba en el solio pontificio el mismo fervor de celo y de devocion que le habia conducido en el convento de los Teatinos; San Pio V, bajo su espléndido ropaje, ocultaba el cilicio de un solitario, caminaba á pié desnudo delante de las procesiones, y edificaba el mundo por ejemplos innumerables de humildad, de caridad, de perdon de las injurias; Gregorio XIII se esforzaba no solo en imitar, sino en superar á Pio V en las severas virtudes de su profesion.—Tal era la cabeza, tales los miembros.—Un espíritu interior de reforma se habia

apoderado de la Iglesia, y una sola generacion la habia renovado desde el palacio del Vaticano hasta la mas escondida ermita de los Apeninos.” (Ranke, *Hist. del Papado*; Macauley, *Rev. de Edimb.*, oct. 1840).

Reformándose así fué como la Iglesia reformó el mundo, y le salvó de los abismos de disolucion que la falsa Reforma le preparaba.

En la pintura que de la inmoralidad de esta acabamos de hacer, se nos arrostrará quizás el habernos complacido en presentar no mas que el lado malo de la Reforma, y sin discutirlo, se limitará quien nos impugne á oponernos una sencilla consideracion.

Se nos dirá: El Protestantismo contiene y ha contenido siempre convicciones y caracteres tan indisputablemente respetables, tan puros, tan cristianos, que es imposible que no sea sino una escuela de inmoralidad y de licencia. Esta reflexion prévia es superior á todos los raiocinios y á todos los hechos.

Reconocemos todo el valor de esta reflexion preventiva, y le debemos el honor de una satisfaccion que nos apresuramos á darle.

Hay en el Protestantismo dos elementos perfectamente distintos: el uno por el cual se ha separado del Catolicismo; el otro por el cual ha quedado unido á él.

El primero, el elemento protestante, consiste en todo lo que ha sido objeto de la separacion y de la pretendida Reforma, á saber: el libre exámen, la doctrina de la justificacion, la exclusion de los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía, la supresion de los ayunos y abstinencias, el matrimonio de los sacerdotes, el divorcio, &c., &c.: he aquí la Reforma, hé aquí el Protestantismo.

El segundo elemento, por el cual el Protestantismo ha quedado en comunion con el Catolicismo, consiste en la autoridad de las Escrituras, la fe en Jesucristo, el Bautismo, la moral evangélica, etc., etc. Este elemento no

nació del Protestantismo como el primero. El estaba ya, y no ha cesado de estar en el Catolicismo, de quien únicamente lo tiene el Protestantismo. Sobre este punto no ha habido separacion, protestacion, reforma; y el Catolicismo en esta parte se ha continuado en el Protestantismo, el cual no ha hecho sino debilitar y disipar este elemento.

Ahora, pues, en el juicio que hemos hecho sobre la Reforma, no hemos debido considerar sino la Reforma, lo que ha sido su obra propiamente dicha, es decir, el primero de los elementos que acabamos de distinguir. Y este no es un lado solamente de la Reforma, es toda la Reforma. Lo que se llamaria el otro lado, el segundo elemento, es el elemento conservado, el elemento no reformado, el elemento cristiano, el elemento católico; y de él no debe hacerse honor á la Reforma, así como no se hace un mérito al que os ha despojado de vuestro patrimonio, el haberos dejado de el algunos pedazos. Reducida, pues, de este modo á sí misma, hemos dicho y demostrado que la Reforma ha sido inmoral, y no ha sido otra cosa que inmoral, y así lo sostenemos. Todos los artículos de la Reforma, en efecto, sin escepcion, el libre exámen, la doctrina de la justificacion, la supresion de la confesion, la negacion de la presencia real, el matrimonio de los sacerdotes, el divorcio, etc., son (y atiéndase bien á este punto) artículos de emancipacion, de relajacion, de indisciplinacion, de incontinencia para el espíritu, para el corazon ó para los sentidos. ¡Aberracion estraña de las ideas y del lenguaje! El sentido comun y la mas vulgar esperiencia solo aplican á la palabra de reforma una idea de represion, de disciplina, de llamamiento á la regla, de sumision á la autoridad, como así lo ha entendido, como así lo ha admirablemente practicado el Catolicismo, por la óbvia y sencilla razon de que lo que tiene necesidad de ser reformado es el desarreglo,

la indisciplinacion, la incontinencia y la revuelta; y hé aquí que el pomposo nombre de Reforma se dió y ha quedado á una herejía que lleva escrito en su bandera: Abolicion de la autoridad; abolicion de la confesion y de toda penitencia; abolicion de la fe en los santos misterios; abolicion de la incontinencia eclesiástica; abolicion de la indisolubilidad del matrimonio; abolicion de toda regla de fe, de toda privacion, de toda disciplina, de todo freno. ¿Podria, en verdad, hallarse un epigrama mas cruel contra la Reforma que su mismo nombre (1)?

(1) Sabido es aquel dicho de Erasmo: “¡Así es como se sacrifican! “ *La Reforma* parece no haber tenido otro objeto que trasformar en “pretendientes de novios y de novias á los monjes y á las monjas.” — *Nosotros hemos oido al mismo Calvino que nos decia:* “que no se “hacia evangélico, sino para poderse abandonar con mas libertad á “toda suerte de incontinencias:” y Fitz-William ha dicho tambien con muchísima verdad y con la esperiencia de todos los dias, que EL PASO DE LA IGLESIA A UNA SECTA ES CON HARTA FRECUENCIA POR EL CAMINO DE LOS VICIOS, Y QUE EL DE UNA SECTA A LA IGLESIA ES SIEMPRE POR EL CAMINO DE LAS VIRTUDES.—Esta verdad acaba de presentarse personificada á nuestros propios ojos, y por decirlo así, representada en el proceso entre el Dr. Newman y el Dr. Achilli. El Protestantismo nos ha dejado ver en este memorable negocio toda la franqueza de sus principios y de sus instintos. Un diario inglés, el *Tablet*, en un artículo que ha sido reproducido por el *Sund* y por el *Galvani* de 9 de Julio de 1852, hace á este propósito las siguientes reflexiones, que son una verdad indisputable. Por su lectura se juzgará si las insertamos ahora con oportunidad:

“El Protestantismo ha adquirido un nuevo santo, todo enteramente segun su corazon y segun su naturaleza: no es este solamente san Achilli de Exter-Hall, sino Achilli de Westminster-Hall, consagrado y canonizado por las aclamaciones universales de una multitud que se lanzaba como una irrupcion en el santuario de la *in-justicia*, para dar testimonio de su simpatía al jurado y al juez, que la han muy bien merecido. Sí, el Protestantismo, que es esencialmente una religion de *no-castidad* y de incontinencia, que ha tenido su origen en las brutales propensiones del mas inmundo de los reyes de Inglaterra, y en que, en sus últimos dias, acaba de coronar sus impuras tradiciones por el triunfo público de Achilli; el Protestantismo, digo, ha recibido su último sello en este modo de proceder. Achilli era de-

Ahora bien: el Protestantismo no ha enteramente protestado; la Reforma no ha enteramente reformado. Algunos elementos cristianos han hallado indulgencia, ó mas bien, se han juzgado deber ser conservados como elementos de vida para el Protestantismo mismo; tales como la santa Escritura, la fe en Jesucristo, el bautismo, algunos puntos de la moral evangélica, etc. Por ellos el Protestantismo, separado en todo lo demas, ha continua-

masiado perverso para la Iglesia católica. Fué condenado por los tribunales católicos á causa de su brutal incontinencia; juzgado por la Inquisición indigno de ejercer ninguna función eclesiástica. Se le prohibió el celebrar misa, el oír confesiones, el predicar y enseñar, como si su presencia sola mancillase el puro aire del cielo. Mas este mismo hombre ha recibido por los aplausos entusiastas de un numeroso tribunal de justicia, representante de una vasta porción de la clase media en Inglaterra, la sanción de la aprobación pública. Condenando á la execración la cruel injusticia de esta Inquisición (que sin embargo habia castigado muy poco y muy tarde), los Protestantes indignados han elevado al rango de confesor de su fe y de sus costumbres un hombre que ha sido presentado para consagrarse sinceramente á la práctica de sus principios.—En efecto, fuerza es convenir que hay un fondo de verdad en su manera de mirar el negocio. Achilli es realmente el verdadero confesor y mártir de una religion que ha abolido el sacramento de la Confesion y el celibato de los sacerdotes, porque en su alma y conciencia, y con todas sus fuerzas, niega ha negado siempre que ni la gracia misma de Dios tenga el poder de preservar la castidad en los hombres; de una religion, que se ha hecho, y es realmente una religion de instintos materiales; de una religion que, por su propia esencia, da una libre acción á los apetitos del hombre, proclamando la imposibilidad de la continencia, y que no tiene mas garantía contra peores y mas infames abominaciones que el pudor natural al carácter de la mujer.—El público protestante que apaudió á Achilli no le cree casto por cierto; pero este público mira al libertinaje, especialmente en un hombre no casado, como un muy leve defecto por el cual, aun cuando sea llevado á los mas abominables excesos, es en verdad demasiado duro y demasiado injusto el castigar á nadie. El público protestante inglés se muestra y se ha mostrado siempre celoso del derecho teológico que tienen los célibes de infringir por lo menos dos de los diez mandamientos de Dios... Y está persuadido que lo que no puede absolutamente negarse ser la

do en tenerse unido al Cristianismo, es decir, á la verdad, á la vida, cuya integridad solamente el Catolicismo ha mantenido (1). De allí ha tomado la savia que le ha hecho vivir de la vida del tronco, que le ha privado de corromperse y de disolverse enteramente. Todo lo que tiene, pues, de convicciones y de caracteres honorables, viene de esto, y por esto se sostiene. Todo cuanto hay de cristiano en el Protestantismo es un resto del Catolicismo, y seriamos tanto mas culpables en desconocer en él este elemento honorífico, moral, religioso, cristiano, en cuanto tenemos un interes en reivindicarlo. Y ¿cómo no ven estas convicciones mismas, que ellas son extranjeras en el Protestantismo, que son nuestras, y que de nuestro lado, del lado de la Iglesia, es donde se ha obrado la verdadera Reforma, y se ha conservado el verdadero Cristianismo? ¿Cómo no ven que una Reforma, salida del alma de Lutero y de la de un Enrique VIII, está ya corrompida en su propia fuente, y que

ley de Dios, es una ley de una imposibilidad estravagante, y que todos los célibes que pretenden observarla son perversos hipócritas y necesariamente impuros.

“Así, pues, los dos *convertidos ó apóstatas*—se presentan al mundo—el uno, de una vida sin tacha y de costumbres irreprochables, condenado en medio de las execraciones de una multitud de celosos protestantes, que se llaman á sí mismos *evangélicos*, porque tiene celo por la ley de Dios y horror á la impureza; el otro, elevado al pináculo de la santidad y del martirio protestantes, porque representa, segun la opinion protestante, el derecho de cada hombre, *de hacer lo que quiere*, y la necesidad impuesta, segun ella, á la naturaleza humana, de infringir la ley de Dios y la disciplina de la Iglesia católica.”

(1) Así, con las santas Escrituras, el Catolicismo ha guardado la tradicion y la autoridad para explicarlas; con el santo Bautismo ha guardado la penitencia que hace recobrar su gracia; con la fe en Jesucristo y la moral evangélica ha guardado el dogma de la presencia real, que vivifica esta fe, y que inflama el corazón para la práctica de esta moral... etc. El Catolicismo es tambien el Cristianismo completo, el Cristianismo *integral*.

todas las innovaciones por las cuales se ha constituido fuera y en oposicion con la Iglesia, consideradas artículo por artículo, no son sino relajaciones, medios de facilitar connivencias para las perversas propensiones de rebeldía, de orgullo y de concupiscencia que el Cristianismo tiene precisamente por objeto el reprimir; que una doctrina que hace profesion de no humillarse, de no mortificarse, de no contenerse, de no creer en el grande milagro de la caridad infinita de Dios, y de burlar el supremo deseo que nuestro muy amado Salvador dirige á su Padre al instituir este grande milagro: *¡Que sean uno como nosotros!* es manifiestamente una doctrina anti-evangélica y anti-cristiana; que la preocupacion está cuando menos para una Iglesia que profesa la virginidad, la penitencia, la confesion, la comunión, la unidad, la perpetuidad, la universalidad, la apostolicidad, todos los medios y todos los caracteres de la verdad y de la santidad que Jesucristo vino á establecer sobre la tierra? ¿Cómo no sienten estas convicciones, al simple aspecto general de una y de otra doctrina, que hay para su alma un grande peligro en contentarse con la menos cristiana, en hacerse cómplices de la hostilidad y del odio que esta doctrina profesa contra la Iglesia? ¿Cómo no comprenden desde entonces que hay para ellas un grande deber sobre qué ilustrarse, y un generoso partido que tomar.

Mas aquí se levanta ante nosotros una objecion, y exige que la discutamos.

Si así es, se nos dirá, si el Catolicismo posee la integridad del Cristianismo, y si la Iglesia guarda las promesas de Jesucristo, las sociedades católicas deberian presentar un estado de moralidad indisputablemente superior al de las naciones protestantes. ¿De dónde nace, pues, que no aparece ser así, y que aun parece hasta ser lo contrario? ¿De dónde viene que las sociedades protes-

tantes son generalmente mas religiosas, y que se ven en ellas menos impiedades y escándalos, menos trastornos y revoluciones que en las naciones católicas? Mirad la Inglaterra, mirad la Francia, y decidid.

La objecion es interesante, pero no embarazosa. Cuando se tiene de su parte la verdad, mas bien deben buscarse que evitarse las dificultades, porque éstas deben redundar en su triunfo.

Digámoslo, pues, con confianza: la solucion de esta dificultad, lejos de poder ser contraria á la verdad católica, vuélvese toda en honor suyo.

Y aunque nos veamos obligados á constreñirla en el corto espacio que nos queda, todavía esperamós, con todo, decir lo suficiente para convencer á todo lector atento de la verdad de nuestro modo de pensar.

La respuesta es complexa, y fuerza es deducirla separadamente.

Ante todo, las sociedades católicas, y particularmente la Francia, que influye sobre ellas, de mas de un siglo á esta parte, se hallan en un estado de guerra con la Iglesia. La Francia cien años hace que es volteriana, y de treinta años acá hegeliana. Y ¿qué hay de extraño en que sea impía y sacrílega? Si ella fuese sensata y arreglada, siendo anti-católica, el Catolicismo quedaria convencido cuando menos de inutilidad; pero ella es loca y descarriada á proporcion que es anti-católica: sus desórdenes, pues, prueban la verdad del Catolicismo, y le vindican de la objecion, la cual se destruye así por sí misma. La Francia es impía, no porque sea católica, sino porque no es católica: su impiedad, pues, lejos de probar nada contra el Catolicismo, da testimonio á su favor.

En segundo lugar: si la Francia no es católica, pues ¿qué será? Ya lo hemos dicho: ella es, ella ha sido sucesivamente volteriana y hegeliana. Y ¿de dónde proceden el volterianismo y el hegelianismo? Harto lo he-

mos demostrado: del Protestantismo. La Francia, bajo el nombre de católica, es, pues, por el hecho protestante: al Protestantismo, pues, á su influencia directa ó indirecta deben atribuirse los desórdenes de la sociedad francesa: él es, y no el Catolicismo, á quien se ha de acusar de esta desgracia.

Fuerza es observar también, que el Protestantismo, como á tal, obra mucho más en Francia que en las naciones enteramente protestantes; porque está allí siempre en lucha con el Catolicismo. En las naciones protestantes, el elemento del Protestantismo que se despliega es el elemento cristiano; en las naciones católicas, al contrario, es el elemento protestante; y como, según ya dijimos, este elemento cristiano en el Protestantismo no es sino un resto y una emanación del Catolicismo; síguese de ahí que al Catolicismo ha de remontarse lo que hay de religioso en las naciones protestantes, y al Protestantismo lo que hay de impío en las naciones católicas.

Pero estas respuestas no hacen más que deslindar la objeción; ésta resiste todavía, y nos es preciso resolverla por razones más directas y más profundas.

Cuando se compara la acción religiosa del Cristianismo protestante á la del Cristianismo católico, lo primero que salta á la vista es lo siguiente, á saber: que la primera de estas acciones obtiene un asentimiento más general, pero produce también resultados infinitamente más débiles que la segunda. Todo el mundo es religioso, y nadie es santo en las sociedades protestantes. En las sociedades católicas hay impíos, grandes impíos, pero hay asimismo santos, y grandes santos.

La razón de esta diferencia es muy fácil de explicar. El Protestantismo se aviene con todas las inclinaciones de debilidad ó de licencia que hay en el corazón del hombre, inclinaciones que el Catolicismo hace profesión

de combatir absolutamente por las creencias más precisas y por las prescripciones y prácticas más severas, las cuales irrita, por consiguiente, y exalta, cuando no las doña. El Protestantismo se acomoda á estas propensiones; y si bien las reprueba de una manera general, no las somete á ninguna disciplina represiva ó preventiva, y ni aun las sujeta á discusión (1). Y de consiguiente, no las subleva, ni las escita por la prohibición ni por la lucha. De este modo disminuye la decidida violencia que tienen, pero debilita otro tanto el resorte de la virtud, y empobrece la naturaleza moral del alma humana. De ahí en los pueblos protestantes menos desórdenes morales ruidosos, menos impiedad declarada; pero por la misma razón menos virtudes eminentes, menos piedad profunda, menos prodigios de caridad y de heroísmo; tan solo una mediocridad fría, uniforme, calmada y pobre de moralidad, ó más bien de ausencia de moralidad, aún, de ausencia de *estrépito* de inmoralidad; ni alto

(1) El Protestantismo es para las costumbres lo mismo que para la incredulidad, la tolerancia misma (ó mejor diríamos indiferencia.) ¿Se quiere un ejemplo que lo muestre á la evidencia? Ved ahí uno de sus más puros y de sus más piadosos doctores, el malogrado Sr. Vinet, el cual, escribiendo un tratado sobre las condiciones de la vocación al santo ministerio, dice así: “¿Pueden las dudas anular la vocación?... Nosotros contestaremos primero, que pocas vocaciones legítimas habría si la duda las anulase; segundo, que el estudio, la vida, el ejercicio del ministerio suscitan nuevas dudas.—Mas, se nos objetará, ¿cómo puede dudar un hombre enviado al socorro de los que dudan?—No, absolutamente; pero aquí no se trata de un escéptico ó incrédulo, sino de un hombre que no está seguro de todo, y que alguna vez deberá confesarlo.”—Esto por lo que toca á la fe; veamos ahora por lo que toca á las costumbres.—“¿Ciertas inclinaciones pueden anular la vocación?... Las inclinaciones de que queremos hablar son como las dudas del alma, y la dificultad se resuelve por los mismos principios.” (*Tratado del ministerio pastoral*, pág. 107 y 108). Estas palabras no tienen necesidad de comentario. Por los pastores, juzgad del rebaño.

ni bajo, ni cielo ni infierno: la tierra; y el hombre identificándose mas y mas con ella.

El Catolicismo, al contrario, acosa y persigue todos los vicios, y hace un llamamiento incesante á todas las virtudes. Las pruebas á que somete el corazon del hombre fuerzan á que éste se pronuncie en pro ó en contra de él, y jamas á medias; y se le honra detestándole, cuando no se le honra siguiéndole. De él, como de su Autor divino, puede decirse: *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum: et in signum cui contradicetur* (Luc. II, 34), y tambien: *Si nan venissem et locutus fuisset eis, PECCATUM NON HABERENT. . . . Si opera non feissem in eis, quæ nemo alius fecit, PECCATUM NON HABERENT: nunc autem ET VIDERUNT ET ODERUNT ET ME ET PATREM MEUM.* (Joan., XV, 22. 24).

Hé aquí la verdadera razon de la impiedad y de los escándalos que estallan en las naciones católicas; rogamos al lector protestante que lo medite, y por este brillante y marcado carácter, reconozca á Jesucristo en su Iglesia.

Lo que se verificó en Jesucristo, se verificará eternamente en la Iglesia católica, la cual no es sino una continuacion de Jesucristo. El Fariseismo judáico era moral, honrado y predicante; pocos desórdenes estrepitosos en la nacion judía, nada de impiedad sacrilega; al contrario, un celo ejemplar de la ley, y un ardor de las santas Escrituras incomparable. Si Jesucristo no hubiese venido, si no les hubiese anunciado la verdad, si no hubiese hecho, y sobre todo exigido de ellos obras que ningun otro hubo hecho ni exigido, la nacion judía habria quedado lo que ella parecia ser, ordenada y arreglada mas de lo que nunca habia sido. Pero vino la Verdad misma en medio de los judíos, con sus caracteres vivientes y sus rigurosos preceptos; y entonces ved ahí que ella los divide, ella los agita, ella los subleva

y que hace estallar, por la prueba á que los somete, el ódio de que están animados contra ella; en una palabra, hélos ahí impíos y criminales hasta el deicidio, y atrayendo sobre sí el memorable castigo que los persigue todavía á nuestros propios ojos. Lo que Jesucristo hizo con la nacion judía, su Iglesia continúa haciéndolo en el mundo; y los desórdenes, las revoluciones, los sacrilegios particulares ó publicos de que la Francia ha dado al mundo el horrible espectáculo, de sesenta años acá, no provienen de otra cosa que de este odio, de este pecado contra la verdad, que atestigua en el mas alto grado su presencia. La naturaleza humana nada tiene que detestar ni que destruir en el Protestantismo, porque nada halla en él que la reprima, y al contrario, halla en él mismo un instrumento de su odio contra la Iglesia, la cual sola recibe este honor. Así es que, como ya lo reconocemos, se entrega en él á menos ruidosos escesos. Si en su origen el Protestantismo se entregó á tan terribles desórdenes, fué porque caía de toda la eminencia del Catolicismo; es porque era católico infiel y rebelado, lo que son aun los malos católicos, lo peor que existe, y ¿por qué? porque ellos son la corrupcion de lo mas grande y de lo mejor que hay: *Corruptio optimi pessima.*

Pero el Catolicismo, que es, como Jesucristo, una ocasion de ruina para los unos, es por la misma razon para gran número de otros un principio de resurreccion, de santidad y de salud, que prepondera definitivamente sobre el curso general de las cosas. Gran ruido se mete con los desórdenes morales de la sociedad francesa, pero no se tienen asaz en cuenta todas estas obras tan numerosas y tan admirables que allí el Catolicismo inspira, propaga y hace florecer para el alivio de todas las miserias, la reforma de todos los vicios, la instruccion de las inteligencias, la purificacion de los corazones, y la santificacion de las almas. No se cuenta con todos estos fo-

cos tan activos, tan abrasados de caridad, de desinterés, de sacrificio, de abnegación y de santidad que allí combaten sin cesar los hielos de la indiferencia, ó las manchas del crimen, ó las tinieblas de la ignorancia, y que mantienen en el corazón del pueblo francés un valor de sentido cristiano, y de sentido moral, muy superior en definitiva al de todos los demás pueblos.

¿Qué sociedad protestante ha presentado nunca nada comparable, ni aun de lejos, á la parte de virtud que vemos brillar en Francia, aun en los más aciagos días? Ved si no las jornadas de Junio, tan horribles y tan salvajes, y en las cuales, no obstante, el pueblo fué estraviado en el fondo más bien por falsas ideas que por perversos sentimientos: ¿qué combate, qué guerra más fratricida y más inexorable se vió jamás en el seno de un pueblo civilizado? Sin embargo, en lo más fuerte de esta espantosa lucha, un hombre, que no tenía la menor razón natural para esponerse á ella, que podía permanecer en el abrigo de su morada sin que por esto pareciese que faltaba á su deber, que no podía llevar al combate precaución alguna de defensa, ningún éxito probable de salvación para sí, ni de utilidad para los otros, siéntese agitado en su corazón por una inspiración extraña, al parecer insensata, y que podía encerrar y sofocar dentro de sí tanto más cuando nadie en el mundo podía imaginarlo y suponerlo. Es un hombre, y ¿por qué no he de decirlo? naturalmente sensible á las impresiones de temor, al peligro y al dolor, y que por su estado parece que no puede hacer sino gemir y orar, esperando que el fin de la lucha abra una senda á su caridad consoladora. Pero esta espectación le es insoportable; porque este hombre es un sacerdote católico, es un obispo, es un pastor. Su corazón, ensanchado por la caridad católica, abraza á todos los combatientes, y los tiene reunidos bajo su pastoral solicitud. El recibe todos los golpes que

se dan, arroja sangre por todas las heridas que se hacen, muere en las mil muertes de los que espiran. Todos estos golpes, que hacen temblar la tierra, y que llenan de espanto al mundo en torno de sí, son menos formidables para su alma, que los golpes interiores que recibe de rechazo: ellos le llaman, ellos le atraen al sacrificio con la misma fuerza con que harían retroceder y huir á cualquier otro. En fin, ya no puede aguantar más: el espíritu que condujo su divino maestro al Calvario, que la Iglesia sola, de quien es pontífice, inspira, dando á conocer con esto que es la verdadera esposa de Jesucristo, este divino espíritu católico le arrebató sobre todas las consideraciones naturales y humanas; no puede concluir su comida, se levanta: "Menester es que yo vaya á mi pueblo, dice: *el buen pastor da la vida por sus ovejas.*" Sale, acompañado de sus asesores, los cuales, sacerdotes católicos como él, no vacilan en participar de los peligros de su resolución. Esta resolución halla por el camino los más intrépidos capitanes, asombrados de su arrojo, y esforzándose en vano á persuadirle su inutilidad. El buen pastor continúa, ó más bien, precipita su marcha, al través de los peligros amenazadores y de los horribles destrozos de la discordia y de la guerra que se apartan á su presencia: llega al foco más incandescente, el más encarnizado de la lucha; atraviesa la plaza fatal que separa la civilización de la barbarie, y á ella va directamente. Sube sobre la terrible barricada con la misma calma que si subiera las gradas del altar, altar en efecto de su sacrificio. . . . Mil muertes quedan suspendidas y se dirigen á su cabeza. Hace oír al fin el grito de su alma pastoral, el grito de amor y de paz. Mas un tiro infalible parte. ¡Cae! la vida le abandona con su sangre; mas no el espíritu católico de su misión, que halla aún que replicar al dolor y á la muerte, y que de su sangre misma hace un nuevo instrumento de salud

y de misericordia por este voto sublime: *¡Que mi sangre sea la última derramada!*

¡Protestantes! ¡nuestros antiguos hermanos! ¡siempre nuestros hermanos, aunque nos hayais dejado! ¡mostradnos en todo el curso de vuestra tumultuosa historia un solo acto que se acerque, aunque de lejos, á este acto heróico, que es simplemente católico; hacednos ver solamente un gérmen de él, el menor indicio! Nosotros os reconocemos de buen grado virtudes humanas y naturales; pero virtudes sobrenaturales y sobrehumanas, virtudes divinas de consagracion y de sacrificio hasta la muerte, cual Jesucristo nos ha dado de ellas el precepto y el ejemplo, y por las cuales ha dicho que se conocerian quiénes con sus verdaderos discípulos, *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis* (Joan. XIII, 35), ni aun la pretension de ello teneis, y yo culpo solo á vuestra doctrina que ha estinguido su llama. Vosotros dais de vuestros bienes, y aun con medida; pero vuestra persona, toda vuestra persona, ademas de todos vuestros bienes, muy de buena gana, como el Apóstol, *Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris* (II Corinth., XII, 15): ¡jamás!—En las Escrituras, que tan bien conoceis, hay una cosa que no veis vosotros: es la leccion del sacrificio y del absoluto desprendimiento, de que están llenas. Escuchemos en esta parte uno de vuestros mas puros órganos, Vinet:

“Las máximas de la Iglesia católica sobre la caridad son *remarcables*: “El buen pastor, dice San-Cyran, ama á los pobres, y les hace una entera entrega de sus bienes.” (*Remarcables*, ¡prodigioso es en verdad! ¡Cómo si el Evangelio no hubiese dicho lo mismo antes de San-Cyran, y mucho mas aún! ¡cómo si no dijera en todas las páginas que uno debe darse á sí mismo todo entero! ¡cómo si otra cosa dijera! ¡cómo si el Cristianismo no fuese una enseñanza, una escuela de sacrificio!) “La

Iglesia católica llena de oprobio á los sacerdotes que dejen bienes. Y muchos han hasta sostenido que, al ejemplo de ciertos obispos de los primeros tiempos, el sacerdote debe despojarse una vez para todas.” (Este es el ejemplo que da todos los dias el sacerdote). “Es evidente que el pastor célibe es mas libre en esta parte que el pastor casado. Este no debe despojarse de sus bienes, sino servirse de ellos, administrándolos por sí mismo, segun los designios de Dios, que se los ha dado. Jesucristo decia á su Padre: *Yo no te pido que los quites del mundo, sino que los preserves del mal.*” (Joan. XVII, 15). [*De la Teología pastoral ó Teoría del ministerio evangélico*, pág. 176].

Así, pues, el *no quitar del mundo*, en el sentido de no dañarse, no despojarse, guardar para sí sus bienes y administrarlos, ved ahí, segun el Protestantismo, lo que está permitido al pastor, ¡qué digo? consagrado, mandado por el Evangelio. A esto solo se limita, y no ve otra cosa. Tal es la regla protestante, y deja al Catolicismo estas máximas de caridad *remarcables*, que “el buen pastor ama á los pobres, y hace una entera entrega de sus bienes.” Y ¡qué será de esta otra máxima, *mas remarcable todavía*, “que el buen pastor da su vida por sus ovejas!”

Monseñor Affre supo heróicamente conculcar esta máxima protestante, que *no es necesario quitarse del mundo* para seguir la máxima católica: *El buen pastor da la vida por sus ovejas*; y en esto nada hizo de extraordinario, católicamente hablando, nada que no hagan cada dia nuestros misioneros entre los otros salvajes. Nada hay aquí de extraordinario sino las circunstancias. Y su accion vino á ser en cierto modo la de todo el pueblo de Paris que se la apropió, honrándole con trasportes de admiracion y de dolor, y sacrificándole sus discordias. En cuanto á él, cumplió simplemente con su